

La costa en disputa

Calmadas las aguas post fallo de La Haya, la mayoría de limeños volvió a pensar en el mar sólo como sinónimo de cebichito, chelita y juerguita. Para otros, quizá el mar se ha reducido a sinónimo de inversión y distinción, como muestran las imponentes construcciones que se erigen diariamente en la ruta al sur del país: recortando playas que solían ser públicas, transformando balnearios en centros comerciales e incluso explayándose orondas sobre zonas intangibles (como el Hotel San Agustín en Paracas, tras cuyas vallas se mantiene en pie, tristemente, un antiguo cartel del INC de zona arqueológica)

Quienes intentan alejarse de las playas masivas, que van cambiando arena por cemento tienen aún posibilidades disponibles, aunque parezca que las tendencias en el disfrute veraniego quieren erradicarlas irremediablemente. Hay que evitar amilanarse y defender nuestro derecho a playas limpias, amables, que no hayan perdido su capacidad de sorprendernos al ser - violentamente- domesticadas.

Una pareja decidió conocer Atenas, al sur de Pisco. Es un territorio casi inhóspito, donde se puede uno olvidar que a pocos minutos en auto, exclusivos hoteles interrumpen el paisaje desértico con su estética copiada de las fotos periodísticas que sus consumidores crecieron codiciando. En Atenas hay un restaurant de construcción precaria, donde un señor mayor hace conchas a la parrilla y ceviche de cojinova, ayudado por una adolescente risueña, a pesar de las constantes críticas que recibe de su jefe. Podrían ser personajes de literatura real maravillosa, escuchando baladas antiguas con una radio diminuta, preparando exquisiteces en medio de la nada, junto a los cientos de malaguas encalladas en la orilla.

La pareja buscó un pedazo de arena despejada no tan lejos de ahí, improvisó sombra amarrando un pareo a restos de un viejo bote y se dispuso a escuchar el silencio mientras observaban las variadas formas y colores de aquellos seres viscosos secándose al sol. No pasaron ni veinte minutos cuando una camioneta del tamaño del restaurant llegó al lugar, lo recorrió rápidamente y decidió estacionarse a un metro de quienes eligieron el punto más solitario y alejado de la zona. La pareja optó por un mutismo precavido, asumiendo inicialmente una tranquilidad de malagua varada, aunque cuando el padre de familia se dedicó a hacer piruetas con su moto acuática, inundándolo todo con el ruido de su motor, la chica decidió pedirle calmadamente que llevara sus vehículos algo más lejos. Desde la ventana del auto, porque casi no se bajaron a tocar la arena o el agua, sus hijas observaban distantes y sólo participaron en la escena cuando el padre les pidió mover la camioneta para tratar de subir la moto que escogió ese instante para malograrse. El padre jalaba una y otra vez la pita que activaba el motor, haciéndolo toser repetidamente, hasta que llegaron sus compañeros dueños y amantes de los vehículos grandes y sonoros. Lo rescataron rápidamente, con la solidaridad de quienes comparten las vicisitudes ocasionadas por aparatos costosos y se fueron, permitiendo que el silencio salga desde el fondo del mar nuevamente a la orilla.

La pareja comentó lo extraño que les resultaba que la familia no pareciera tener otra forma de vincularse al entorno que a través de esa tecnología invasiva y que una vez demostrada inservible, prefirieran irse a inventarse otra manera de estar en el lugar. Luego el señor del campamento restaurant Atenas lamentó que quienes visitaban sus dominios hicieran tanto ruido, sentado en su mecedora destartada, mirando un mar que para él debe ser sinónimo de opción de vida.